

JOSÉ ÁNGEL MONTAÑÉS. **Barcelona**
La mayoría de las personas sueñan con unas vacaciones de un mes; un logro de las clases trabajadoras que tuvo su primera conquista en 1904 cuando en España el gobierno de Antonio Maura aprobó la *Ley del descanso dominical*. Pero mientras las clases más humildes trabajaban cientos de horas, seis días a la semana, otras familias acomodadas disfrutaban del llamado “verano clásico”: tres meses de vacaciones en los que cerraban sus casas de Barcelona y se trasladaban con la familia y el servicio a pasar el estío en localidades situadas en un radio de 50 kilómetros de la capital: Arenys de Mar, Caldetes, Mataró, Sant Celoni, Sant Pere de Ribes, Cardedeu, Vilafranca del Penedés y Sitges, entre otras muchas.

El fenómeno del veraneante, como precursor del llamado “boom turístico”, sus principales características, algunos de sus protagonistas y la huella que ha dejado en estas localidades es el protagonista de la exposición *Veraneo de proximidad, 1850-1950*, comisariada por el profesor de la Universidad de Girona, Joaquim Maria Puigvert, que puede verse en el Museo de Arenys de Mar, una de esas localidades que sabe, muy bien, lo que es el turismo de proximidad, al recibir, todavía hoy, a miles de barceloneses cada fin de semana y en verano.

“Los últimos estudios dejan claro que el turismo de masas tiene una génesis histórica; que existe una cierta prehistoria del turismo que remite a comienzos del siglo XX. Esto ha permitido ver en la exposición [organizada por la Oficina de Patrimonio Cultural del Área de Cultura de la Diputación de Barcelona], que, pese a estar en otro paradigma, que para entender el actual hay que buscar un origen en estos primeros veraneantes”, asegura Puigvert.

La exposición muestra como los primeros veraneantes buscaban, casi como ahora por la covid, lugares para gozar de una salud física y mental. “Es una de las paradojas, por eso jugamos con el término de turismo de proximidad, que tiene que ver con la salud; algo que nos remite a la situación actual”, prosigue el experto.

Y es que, en el cambio del siglo XIX al XX, el higienismo difundió los valores de la salud ambiental



Un grupo de veraneantes en Arenys de Mar, alrededor de 1920. / ARCHIU FOTOGRAFIC CENTRE EXCURSIONISTA DE CATALUNYA

Una exposición en el Museo de Arenys de Mar analiza el fenómeno del veraneo de proximidad antes de 1950, vinculado con temas de salud, y su huella en localidades barcelonesas

Turistas antes del ‘boom’ turístico

derivados del aire puro, el clima seco, las aguas medicinales, el ejercicio, los baños de mar y la buena alimentación. Algo vigente y deseable hoy. Y en este contexto, alrededor de una localidad con alguna de estas propiedades, surgió una colonia de veraneante en busca de esos beneficios.

Puigvert explica que existían varios modelos de veraneantes. “Para algunos suponía volver a la masía o el pueblo de origen; como Josep Maria de Sagarra y Torre Balldovina en Santa Coloma de Gramenet. Para otros, ir de un pueblo a otro cada año practicando cierto nomadismo, como el poeta Joan Maragall y su familia”.

En la exposición puede verse, en un enorme mapa pintado en el suelo, como la llegada del ferrocarril o la autonomía de los primeros autos marcó la distancia (unos 50 kilómetros) en la que se asentaron esos veraneantes, favoreció determinados núcleos. “Un fenómeno que tuvo un gran im-



Caseta de baño en Masnou en los años 20.

pacto en esas villas a todos los niveles, sociales, económicos y urbanísticos, pero también con las realidades económicas; con su industria o su agricultura”.

El contacto con personas de

posición económica y los locales, no siempre fue fácil. “De hecho, los veraneantes y los de la localidad se relacionaban poco. Eran dos mundos bastante cerrados. La expresión ‘los de la colonia de veraneantes o forasteros’ ya te da la percepción de los locales, sobre los que venían de Barcelona. Tenían lugares de reunión y disfrute separados. Convivían, pero no se interrelacionaban mucho”, prosigue.

Aunque, “si había puntos de intersección con la pequeña burguesía local; comerciantes y profesionales liberales de la población, que miraban con simpatía el fenómeno. Por suerte, eso ha cambiado y estamos en una sociedad interclasista”.

El fenómeno sirvió para que muchos profesionales desarrol-

aran su actividad: médicos que trabajaban en los balnearios para prescribir las terapias del agua. “Muchos promocionaron su lugar de nacimiento, como el Doctor Robert, que mandó a Camprond a muchos a curarse con sus aguas”. También fotografías que realizaban postales de recuerdo y, sobre todo, arquitectos que construían o reformaban las casas para estos burgueses.

“Fue una oportunidad para todos ellos. Los veraneantes con más poder se traían de Barcelona a sus arquitectos, y esto ayudó a difundir determinadas corrientes arquitectónicas, como el eclecticismismo, el modernismo, el novecentismo y las vanguardias.

Puigvert está convencido de que estas localidades serían diferentes sin este turismo primigenio. “Cuando visitas una población, hay unos detalles que remiten a una tradición de veraneo: el urbanismo es el principal indicador de este impacto, todas tiene un gran paseo de árboles, caminos que llevaban a las fuentes que se convierten en paseos, la instalación de mobiliario urbano”. Y menciona ejemplos como el Paseo de los Ingleses de Caldetes “que emula al de Niza”; el paseo marítimo novecentista de Calella de la Costa y el de La Garriga, con más de un kilómetro de largo.

La exposición también aborda el tema de las primeras vacaciones pagadas desde 1931, la segunda gran conquista laboral. Con ellas comienzan también las salidas de estos grupos a zonas cercanas. “Collserola tuvo un éxito brutal. La zona de Les Planes y todas sus fuentes para ir a merendar o comer en plena naturaleza, fueron las de más éxito”, comenta. De ese “veraneo más democratizado” son también las casetas de la playa del Garraf y los intentos de arquitectos revolucionarios como los del GACTPAC que diseñaron prototipos de casas para obreros para la zona de ocio del Baix Llobregat, que la Guerra Civil, impidió llevar a cabo.

La exposición termina en 1950, justo antes de la llegada del turismo de masas y de un nuevo paradigma que lo cambiaría todo. Para Puigvert el germen que pusieron los primeros veraneantes facilitó que el choque entre dos mundos, el del turista extranjero y el local, no fueran tan grandes.